

la biografía Sandes toma a cargo la violencia del cuerpo. El deslizamiento proporciona la estrategia que sirve para ocultar el cadáver del caudillo.

A veces el narrador calla para poner en boca de personajes circunstanciales el funcionamiento de la ley gaucha. Las armas usadas para matar lejos de ser equivalentes cargan de sentido el castigo: Santos Pérez usa un arma de fuego; al secretario lo traspasa una espada pero el niño que integra la comitiva de Facundo es degollado. La culpa de los mayores recae en la descendencia; el maestro de posta le explica al doctor Ortiz la inclusión del niño entre los condenados: «Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el otro... a quién mandaré? ¡a hacerlo morir inocentemente!»<sup>18</sup> Esta ley discrimina formas de castigo y armas nobles o innobles para matar.

En la biografía de la barbarie las formas de morir restituyen justicia. La afirmación de un poder superior atraviesa los textos. Pero la ley que restablece el orden violentado acciona una violencia potenciada sobre los cuerpos de los culpables.<sup>19</sup>

## Un lenguaje confuso

Es tarea de la biografía normalizar las vidas relatadas. El género compara, distingue y jerarquiza a los cuerpos gauchos. El otro se constituye como sujeto por marcas corporales que lo singularizan. Pero también se construye en el uso de un lenguaje «desviado», no conforme con la norma o la ley.

El cuerpo es el gran tópico de la biografía; el lenguaje, el detalle. Sin embargo, en este elemento late el peligro porque si un sistema disciplinario puede someter los cuerpos por la voluntad o la fuerza, no sucede lo mismo con el lenguaje. Corregir para impugnar: tal es el gesto narrativo que reinterpreta el lenguaje del adversario para despojarlo de cualquier semejanza con la lengua propia.

El trabajo sobre la diferencia encierra las variaciones que habitan en los cuerpos, materiales disponibles para un uso político. Pero frente al lenguaje del enemigo, la escritura trama compulsivamente una homogeneización de los discursos. Nada mejor que unificar para hacer desaparecer todo resto de ambigüedad.

Si se adopta un juego de inclusiones y exclusiones para ubicar a los cuerpos, se prefiere la corrección y consiguiente exclusión en el dominio de la lengua. Cada elemento requiere un tratamiento distinto: la materia moldeable de los cuerpos puede suprimir fronteras y comunicar los términos antagónicos pero el lenguaje del adversario está aislado. La palabra del otro es una palabra sin territorio, sin arraigo y sin legalidad. El

<sup>18</sup> Facundo, p. 198.

<sup>19</sup> Si para los unitarios la negativa de la sociedad gaucha a adoptar sus reglas constituía un acto de rebelión, del otro lado se escuchan argumentos semejantes. En 1842 se rechaza la renuncia de Rosas invocando la necesidad de orden. Un conflicto reiterado: cada orden considera al otro el caos y la violencia: «El ocio, la vagancia, la insubordinación en el hogar doméstico, el fraude, el hurto, el asesinato, la profanación y el sacrilegio, el feroz libertinaje se mostraron insolentes en todas partes». Citado por Rodríguez Molas, Historia social del gaucho, C.E.A.L., Capítulo, Biblioteca argentina fundamental, Serie complementaria: Sociedad y cultura, n.º 11, Buenos Aires, p. 161.

procedimiento borra la inscripción social de la lengua enemiga. El otro, para Sarmiento, habla un lenguaje a institucional: «A falta de gobierno, de legislaturas, de diarios, de manifiestos que explicasen el objeto y los medios de conseguir la proyectada subversión, un comandante de fuerzas en San Luis recibió la siguiente carta del Chacho, que por la torpeza del lenguaje y lo embrollado de lo que quisiera que expresase las ideas, muestra suficientemente el origen y los elementos de aquella perturbación».<sup>20</sup> En síntesis, un lenguaje que carece en su enunciación de aparato político. La denostación progresa hasta culminar en un intercambio de valores: lo informe es lo anormal. El género estrecha las distancias entre ambas nociones que se implican al punto de difuminar toda diferencia.

A algunos cuerpos se los somete; a otros se los liquida. La represión va más contra el pensamiento que contra el cuerpo; o mejor, contra el cuerpo que piensa. Sarmiento califica al pensamiento de Rosas con un atributo de tipo moral —pensamiento abyecto— pero la reflexión toma en Peñaloza valoraciones de tipo lógico-formal: sus ideas son poco claras, caóticas.

Cuando aparece en el otro, el pensamiento conserva el estatuto doble: es correcto mientras usa el sistema que le presta el narrador; mientras se mantiene subordinado a la otra cultura. Pero no bien el otro se libera de los vínculos que lo tienen atado, entonces, habla un lenguaje tergiversado.

Callo y doy la palabra al Chacho: «Es por esto, Sr. Presidente, que los pueblos cansados de una dominación despótica y arbitraria, se han propuesto hacerse justicia, y los hombres todos, no teniendo más ya qué perder que la existencia, quieren sacrificarla más bien en el campo de batalla, defendiendo sus libertades y sus leyes y sus más caros intereses atropellados vilmente por los perjuros».<sup>21</sup>

Las voces de los caudillos repiten una y otra vez los universales en los que insiste el discurso de la otra cultura: patria, libertad, organización, constitución, ley. ¿Cómo hacer ilegítimo el lenguaje del otro si las palabras se confunden? ¿Cómo arrancarle a ese discurso ajeno los baluartes de los que se ha apropiado? Habrá que minar el interior de esa lengua, sofocar sus contenidos con argumentos sintácticos u ortográficos, esconder la semántica, explicar su alteración originaria. Habrá que negarle racionalidad<sup>22</sup> u obstinarse en descubrir segundas intenciones: Rosas, la especulación al servicio del crimen.

La biografía incluye la lengua del oponente —cartas de Peñaloza y de Facundo, el testamento de Aldao— y la analiza. Examinando su estructura concluye que esa palabra es el lugar de emergencia de la confusión. Un lenguaje privado de su función comunicativa, que no transporta ninguna información ni despliega ideal alguno. A esa palabra carente se contrapone una palabra plena, bien conformada. Pero la lucha no

<sup>20</sup> El Chacho, p. 319.

<sup>21</sup> Citado por de la Vega Díaz, op. cit.

<sup>22</sup> Sarmiento no pone en duda la autenticidad de la palabra de Facundo pero argumenta de manera similar en lo que respecta a su claridad: «La incorrección del lenguaje, la incoherencia de las ideas, y el empleo de voces que significan otra cosa que lo que se propone expresar en ellas o muestran la confusión o el estado embrionario de las ideas, revelan en estas proclamas el alma ruda aún [...]», Facundo, p. 256.

será en torno a los sentidos sino a las reglas gramaticales. Sarmiento académico pega su discurso y cuestiona con ademán pedagógico los errores de redacción.

La rebelión de los caudillos contra las instituciones, contra las leyes de la razón y el orden se transforma en desconocimiento lingüístico. De manera similar y porque en el lenguaje se nota la procedencia, el narrador exhibe su competencia lingüística que es competencia jurídica: «La palabra outlaw, fuera de la ley, con que el inglés llama al bandido, contiene todo el procedimiento. Las ordenanzas lo tienen, autorizando a los comandantes de milicia a ejecutar a los salteadores. Ciertas palabras tienen valor legal».<sup>23</sup>

El narrador traduce literalmente la palabra y la ley del modelo —Norteamérica—. Pero cuando focaliza el lenguaje del enemigo olvida el principio de fidelidad y se inclina por la traducción libre. Orientada hacia el discurso del otro, la palabra propia intensifica su poder de veto: si por un lado le niega al otro la racionalidad, por otro una operación de desciframiento concluye en la certidumbre de que el caudillo no es el verdadero dueño de ese lenguaje. El desconocimiento de la *autoría* suponiendo otro autor distinto del que firma, apunta a destituir al oponente como origen de los significantes universales.

El narrador reclama para su cultura la propiedad y el uso de los universales. Pero todo planteo sobre el origen supone el empeño en ligar algún elemento del presente con un comienzo del que sería tributario; implica considerarse heredero de alguna tradición. Así en la biografía hay dos herederos de dos tradiciones: el narrador recoge la razón, las consignas de Mayo; el otro retiene el legado del conquistador; es causa primera no de la razón sino de la violencia.

Los universales forman parte de los bienes simbólicos transmitidos. Desde una concepción clasista, el género decide que ese legado no puede pertenecer al patrimonio del otro. Cuando el caudillo usa los universales lo hará de modo desviado o se lo acusará de robo.

El dato biográfico de que el Chacho era casi iletrado sirve a Sarmiento para explicar las «anomalías» que descubre en su lenguaje. Porque el caudillo no sabe leer ni escribir otro escribe por él y al hacerlo inventa los contenidos. El comentario respecto del adjetivo «venturoso» (¡Borges!) delata su pertenencia a otra cultura, la del amanuense pero también la de Rivadavia: «El adjetivo venturoso no entra en la común parlanza de la gente llana. Rivadavia en sus conversaciones, se extasiaba al arrullo de la esperanza en el venturoso porvenir que aguardaba al país. Sus enemigos hicieron de esta frase un apodo del ridículo».<sup>24</sup>

A esta figura del amanuense como intérprete de la palabra del otro, se superpone la del narrador-intérprete que cuestiona la apropiación de los universales: dueño del discurso y de los sujetos por él constituidos restituye los significantes a su órbita de procedencia.

<sup>23</sup> El Chacho, p. 374.

<sup>24</sup> Op. cit., p. 313.